
Capítulo XXIII.

En el que Motezuma propone á Hernan Cortés que saiga de Méjico.

Motezuma habia podido conseguir de sus guardianes que le dejasen subir á una de las torres del cuartel, y desde allí presenció con horrible ansiedad el combate de sus vasallos y de los españoles.

Una fiebre horrible ardía en las venas del pobre emperador.

El, en otro tiempo ídolo de su pueblo; él, á quien sus vasallos habian adorado con el mismo fervor que á sus dioses, habian llegado á tan mísera situacion, y tenia que asistir á aquel espectáculo sin que su voz se oyera, sin que su influencia pesara para nada en tan deplorable suceso.

No sabia, al seguir con penetrante mirada las peripecias del combate, qué desear más: si la victoria de sus aliados, ó el triunfo de sus vasallos.

La providencia habia reservado á aquel tirano uno de los castigos más terribles.

Al retirarse de aquel observatorio llegaban los españoles, y Motezuma no tuvo valor para llamar á Hernan Cortés, temeroso de que sorprendiera en su ánimo las vacilaciones, las pesadumbres, el abatimiento que le dominaba.

Bajo el mismo techo pasaron aquellos dos hombres una noche horrorosa.

Pensaban uno y otro qué determinacion deberian tomar.

Hernan Cortés consideraba necesario su alejamiento de la ciudad, y esto representaba á sus ojos una completa pérdida de todo lo que habia conseguido.

—Si abandono la ciudad,—se decia,—creerán los mejicanos que huyo cobardemente.

Los tlascaltecas, tan interesados como yo en la ruina de Méjico, dudarán de nuestro valor, y sin prestigio perderemos su confianza.

Un asilo en Zempoala es el desenlace más triste de esta empresa, despues de los peligros arrostrados y de los triunfos obtenidos.

¿Y quién me asegura que los mismos zempoales, temiendo la venganza de los mejicanos, no nos considerarán como la causa de sus desventuras?

¿En dónde hallar entonces refuerzos para venir con nuevo brío á Méjico á concluir la conquista?

¿Qué alegría experimentaria don Diego de Velazquez al verme derrotado? Antes la muerte. Los mis-

mos soldados de Párfilo de Narvaez, que ahora militan bajo mi bandera, temerosos del castigo que les esperaría por su defección, al llegar á Santiago de Cuba se sublevarían contra mí, me harían prisionero y me conducirían á la presencia de mi verdugo, para alcanzar su perdón de esta manera.

No, mil veces no.

Y sin embargo, no hay más remedio que partir.

Hasta entonces no había acercado Hernán Cortés á sus labios la copa del martirio.

En vano pedía á su imaginación un medio, en vano contaba con su valor y con el de sus tropas. ¿Qué podían hacer tres mil hombres contra un ejército tan numeroso como el de los mejicanos?

Moteczuma, por su parte, comprendía que era insostenible la situación de su país.

Desde el observatorio, espejo de su vergüenza, había descubierto entre los jefes de sus vasallos al príncipe de Iztacpalapa y á otros muchos personajes de su corte.

—¿Qué significa su presencia al frente de los mejicanos?—se decía.—¿Creen que estoy prisionero y aspiran á libertarme, ó se aprovechan de las circunstancias para satisfacer su ambición, arrebatarme de mis sienes la corona para ceñirlas en las suyas?

Había momentos en los que creía que apenas oyesen su voz recuperaría su prestigio y los sometería á la obediencia.

Otras veces pensaba en que el pueblo, ofendido con él, no le haría caso alguno.

Al fin, después de una noche de insomnio, tomó una resolución.

Por la mañana muy temprano rogó á Hernán Cortés que fuese á verle para tratar de asuntos importantes.

Su objeto era comunicarle la resolución que había adoptado.

Hernán Cortés acudió á su llamamiento.

—¡Cuán pequeño apareceré á vuestros ojos!—exclamó Moteczuma.—Los dioses me han castigado, inspirándome hacia vos un afecto, que sin duda ha despertado hacia mí el odio de mi pueblo.

Ayer he presenciado el combate.

He visto á mis vasallos caer bajo los golpes de vuestras mortíferas armas.

Es necesario que esto termine.

Hernán Cortés guardó silencio breves instantes.

—Bien sabeis,—dijo,—que la culpa no es mía, que no he provocado el conflicto. Me han atacado y me he defendido.

Hubiera podido incendiar las casas, acometer despiadadamente á los mejicanos.

Lo he evitado, porque he comprendido que no son ellos, sino sus instigadores, los que desean á un mismo tiempo nuestra destrucción y la vuestra.

—¿Eso pensais?

—¿Qué duda tiene? Cacumatzin, el príncipe de Iztacpalapa, el rey de Tacuba, vuestros parientes, vuestros aliados, vuestros protegidos, secundados por los sacerdotes y los altos personajes del imperio, son

los que han provocado esta lid desastrosa para todos.
 ¿Y sabeis con qué objeto? ¡Ah, Motezuma! No lo dudeis.

Os han acusado entre vuestro pueblo de ser amigo, aliado nuestro. Le han dicho que debe arrebatarnos la corona para colocarla en la frente de uno de esos jefes, que os pagan de ese modo la gratitud que os deben.

La causa sois vos: el pretexto nosotros.

—Pues bien; es necesario poner término á esta angustiosa situacion. Yo confio en que mis vasallos, al verme, al oirme seguirán mi consejo, abandonarán á sus instigadores, me ayudarán á castigarles, y reunirá de nuevo en Méjico la paz y la ventura de otros dias. Yo espero conseguirlo si me ayudais.

—¿De qué manera?

—Creo haberos dado pruebas bastantes de mi respecto al gran Queczalcoal y del amor que os profeso. He cumplido mi palabra, y he permanecido á vuestro lado abandonando á mis vasallos. No podeis dudar de mí; no teneis derecho á dudar.

—De ningun modo.

—Pues bien; yo creo haber hallado el medio de restablecer la tranquilidad.

—Dispuesto estoy á secundaros.

—Es necesario para ello que abandoneis con vuestras tropas la ciudad.

—¿No veis que atribuirian á cobardía lo que en todo caso no seria de nuestra parte más que un de-

seo conciliador, un medio de restablecer la armonía entre vos y vuestros vasallos?

—Yo os aseguro, —añadió Motezuma,—demostrar á mi pueblo que habeis accedido á mis ruegos para mostrarle que no soy vuestro prisionero, y que reconoceis en mí todo el poder que tengo.

Además, una vez calmados los ánimos, empeño mi palabra de volver á abrir para vosotros las puertas de mi ciudad, para consolidar la amistad que nos une.

Hernan Cortés conoció que no le quedaba más que aquel partido.

—Si ante la fuerza, —dijo—no cedo, ni cederé jamás, la razon me domina, y estoy dispuesto á obedecerlos. Pero tened presente que antes de partir desearia veros obedecido por vuestros vasallos, contribuir al castigo de vuestros nobles, que son los que han provocado el conflicto.

Pero si vos creis tener bastante fuerza para triunfar de vuestros enemigos sin nuestra ayuda, dispuesto estoy á abandonar á Méjico.

Motezuma, al oir estas palabras, levantándose de su asiento, corrió á abrazar á Hernan Cortés.

—No os podeis imaginar cuán grande, cuán profunda es mi gratitud. Con esa resolucion me devolveis la vida, me devolveis el amor de mis vasallos.

En breve voy á dar órdenes para que los mejicanos depositen las armas; y no lo dudeis, la paz y la alegría volverán á mi corazon.

Apenas terminó Motezuma estas palabras, entra-

ron á avisar á Hernan Cortés un nuevo conflicto. Los mejicanos, resueltos á jugar el todo por el todo, habian rodeado el cuartel, y parecian decididos á morir todos, ó á conseguir el triunfo.

Ante aquella noticia quedó desconcertado Motezuma, y Hernan Cortés salió precipitadamente á dar las órdenes necesarias para contener el empuje de los mejicanos.

Sepamos antes qué es lo que habia pasado entre ellos.

Capitulo XXIV.

Una conspiracion con buenas formas.

La desastrosa muerte de Cacumatzin consternó al ejército mejicano.

Hasta entonces habia confiado en obtener una pronta victoria sobre los españoles.

Víctima su caudillo de los extranjeros, comenzaron á vacilar, y esta fué la causa de su retirada.

Pero no era ya ocasion de retroceder.

Los españoles habian muerto á muchos mejicanos, habian incendiado muchas casas, habian llenado de luto y de desolacion la ciudad, y no era posible dar tregua á la lucha.

El príncipe de Iztacpalapa, abandonado su natural vanidad, participaba de los rencores que abrigaba

el corazón de los mejicanos, y tomó una actitud más enérgica.

Si hubiera sido posible conocer á fondo los sentimientos de Quetlahuaca, fácilmente se hubiera descubierto en ellos una secreta alegría por la muerte de Cacumatzin.

En efecto; aquel príncipe, cuyo carácter belicoso se hacia tan necesario en aquellos momentos, después del triunfo hubiera conquistado la corona de Méjico, que de derecho le pertenecía por ser el primer elector del imperio, y le hubiera sido muy fácil arrebatarla con sus manos de hierro, con el prestigio que habia alcanzado conduciendo á la victoria á los mejicanos.

Comprendiendo, apenas supo la muerte del caudillo, que necesitaba abandonar la templanza por la energía, el espíritu de conservación por el ardor guerrero, congregando á todos los que le ayudaban á la reconquista de la independencia:

—La paz es imposible, —les dijo;—ya veis la actitud en que permanece Motezuma. Si no estuviera prisionero, habria corrido á nuestro encuentro, bien para contenernos, ó bien para ponerse al frente de nosotros.

Yo no sé si es cómplice de los españoles: su conducta lo hace creer así. Pero si no lo es, si ha consentido soportar el peso de las cadenas, no merece ocupar más tiempo el trono, y yo estoy resuelto á arrebatarle de las manos, porque en ellas se deshonra.

Grandes han sido las pérdidas que hemos experimentado; pero los mejicanos han luchado como héroes, y se vé en su actitud que están resueltos á morir.

Aprovechemos estos nobles sentimientos de su alma, para no dar trégua ni descanso á nuestros enemigos.

Mañana al romper el alba rodeemos todos el cuartel donde se guarecen, y aunque perezcamos la mitad, aunque perezcamos todos, destrocemos las murallas que les libran de nuestras flechas, luchemos con ellos cuerpo á cuerpo en su mismo albergue: ya no es posible soportar más dias la lucha de nuestra desventurada ciudad.

Cacumatzin, por ser príncipe, por ser general en jefe de nuestras tropas, merece que se le tributen grandes honores.

Recoged su cadáver, traedle á palacio, haced que vengan todos los mejicanos á despedirse del que ha dejado de existir, y en su presencia juremos todos obtener el triunfo mañana ó perecer.

Todos aceptaron la proposición del príncipe de Iztacpalapa, y el cadáver del guerrero fue conducido con gran pompa hasta el palacio, siendo colocado en el inmenso salón en donde tenia su trono Motezuma.

Los nobles del imperio, los caciques, los cabos de las tropas, una gran parte de los mejicanos, rodearon aquel cadáver, contemplándole con una mirada que envolvía á un tiempo el pesar que sentían y el

deseo de vengar aquella desgracia que les habia sobrevenido.

El príncipe de Iztacpalapa rompió el lúgubre silencio que reinaba en aquella estancia, teatro otras veces de espléndidas fiestas.

—Mejicanos,—exclamó con acento conmovido:—ya no tenemos rey. Si lo tuviéramos, si Motezuma amase como nosotros á su pátria, habria corrido á nuestro encuentro, y nos habria dirigido al combate, Cacumatzin le reemplazó dignamente, arrostrando toda clase de peligros, para venir á colocarse al frente vuestro y destruir al enemigo.

Los dioses han querido que perezca. Yo hubiera sido el primero en elevarle al trono, vacante por la traicion de Motezuma, si hubiéramos conseguido el triunfo ó por lo ménos si la suerte no hubiera condenado al sueño eterno al valiente guerrero.

Pero su ejemplo debe animarnos. A mí me anima de tal modo, que os juro sobre su cabeza compartir con vosotros los peligros, guiaros al combate, imitando su ejemplo, y perseguir por todos los medios que se nos alcancen á nuestros enemigos, hasta que no quede un solo mejicano ó un solo español.

Las palabras del príncipe de Iztacpalapa despertaron gran entusiasmo en la muchedumbre.

—Muera nuestro enemigo,—gritaron todos.

—Jurad tambien vosotros,—añadió Quetlahuaca,—seguirme mañana hasta el cuartel de los españoles, rodearlos, atacarlos, y penetrar en él, aunque sea preciso para ello incendiar todo el edificio y pe-

recer con nuestros adversarios en las llamas.

—Lo juramos,—gritaron todos.

—Pues bien; mañana, apenas comience el sol á difundir sus primeros rayos, estad todos prevenidos. Los extranjeros nos creerán en el más profundo desaliento; y la sorpresa primero, y despues el valor, nos darán el triunfo.

—Antes de separarnos,—dijo Guacolando,—quiero tambien hablaros. Ya sabeis que yo he sido el confidente, el consejero, el amigo leal de Motezuma. He hecho los mayores sacrificios por él, y he intentado por todos los medios imaginables apartarle de los españoles, que le han hechizado sin duda alguna, y conducirle de nuevo á este aposento, del que nunca debió separarse, porque al hacerlo ha deshonrado á nuestra patria.

Yo seré el primero en combatirle, porque antes que nada soy mejicano, y prefiero la pobreza á la nota de ingrato, á contribuir á los males de mi patria.

Pero si alguna autoridad tiene mi voz entre vosotros, si reconocéis los servicios que he prestado al imperio, permitidme que os recuerde el derecho que tiene el príncipe de Iztacpalapa á suceder en el trono á Motezuma, uniendo á la corona, que estoy seguro le dareis el reino de Tezcucó, cuyo soberano ha perecido.

—Sí, sí,—gritaron todos;—Iztacpalapa es nuestro rey, es nuestro emperador.

—No,—dijo Quetlahuaca.—Aun vive Motezuma.

Mientras viva, yo puedo ser vuestro jefe, pero no reemplazarle en el trono.

No es esta la tradicion de nuestro pueblo. Nadie lo ha hecho así; no lo haré yo el primero.

Venga Motezuma á nuestro poder; juzguémosle como merece, y si creéis que ha sido culpable, que ha sido aleva, que ha sido traidor, démosle el castigo que sea justo, y entonces, sólo entonces, por vuestra voluntad cumpliré vuestros deseos.

Los teopixques propusieron que aquella misma noche se celebrasen solemnes sacrificios en aras de sus dioses para que fueran propicios.

Doce zempoales de los que servian á los españoles habian sido hechos prisioneros, y convinieron en que aquellos infelices fueran las victimas.

Trasladáronse todos al templo mayor, y allí, en medio de las tinieblas de la noche, se celebró la horrible ceremonia.

Casi todos los mejicanos impregnaron la punta de sus flechas en la sangre de los desgraciados que acababa de sucumbir.

Era ya media noche cuando se retiraron todos, dispuestos á obedecer al dia siguiente, apenas amaneciase, las órdenes del príncipe de Iztacpala.

No fué precisamente al amanecer cuando se presentaron en los alrededores del palacio que ocupaban los españoles.

Dispuestos como estaban á quemar el edificio, formaron haces de leña resinosa, y comenzaron á colo-

carlos al pié de los muros, para prenderlos fuego en el último extremo.

Este fué el motivo de que, sin sospechar siquiera sus planes, acudiera Hernan Cortés á conferenciar con Motezuma y de que le sorprendiesen las noticias que le comunicaron, anunciándole la actitud en que acababan de presentarse los mejicanos